institución no puede vivir de espaldas a la sociedad, a sus problemas, a sus intereses, a la evolución propia de sus ciudadanos en todos los ámbitos de interacción. De ahí que deba acometer nuevas formas de interrelación con la sociedad, y que el profesorado atienda nuevas formas de enseñar, de trabajar en el ámbito académico en el que se mueve. Esa enseñanza no puede limitarse a dar respuesta al mercado, a la formación del saber competencial profesionalizante, sino a la vez formar en el saber en cuanto ciudadano y persona que es: “Pienso que es necesaria una enseñanza universitaria que, junto a la innovación y creación de conocimientos, potencie y desarrolle, a la vez, el saber humanístico, la formación de un ciudadano integrado en su comunidad, capaz de criticarla y transformarla” (p. 119). Hablamos de un lugar de ciencia, a la vez que de desarrollo de la persona en todas sus dimensiones.

En este sucinto repaso llegamos ya a la conversación de primavera, y en ella tropezamos con la afirmación de que “hay que recuperar en educación el discurso antropológico, porque la ética sin antropología es un sinsentido. Antropología y ética es un binomio inseparable” (p. 167). Tras toda propuesta educativa hay, de forma explícita o implícita, una concepción del ser humano en su más amplio sentido. Y, si advertimos esta realidad, estamos señalando la fragilidad, la incertidumbre, la contingencia, la finitud de toda persona. En suma, la vulnerabilidad en la que cada uno se hace, y en la que cada uno se hace responsable del otro.

Estas tres referencias son unas pinceladas de un libro que nos enfrenta a muchas de las cuestiones clave que definen nuestra tarea educadora. En un momento de esta obra Pedro Ortega afirma que únicamente lee aquellos libros que le lleven a reflexionar, a pensar sobre la tarea que ha acometido durante toda su vida. Sin duda, esta obra cumple también el requisito que Ortega reclama a sus lecturas. A lo largo de sus páginas nos invita a reflexionar sobre la educación en general, pero, más importante incluso, sobre la tarea educativa que estamos desarrollando. Sobre su por qué, su para qué...

Marta Ruiz Corbella
UNED

Setiya, K. (2019).

En la mitad de la vida. Una guía filosófica.

Barcelona: Libros del Asteroide, 216 pp.

El autor, profesor de filosofía en el MIT, aborda el mito de la crisis de la edad mediana (*middle life crisis*), en unas páginas que van de la autobiografía a la au-

toayuda. Las fuentes beben de la filosofía (continental y americana), la psicología, las ciencias sociales, la literatura y las tradiciones religiosas, sobre todo el budismo. “Esta es una obra de filosofía aplicada: una reflexión filosófica orientada a los desafíos que plantea la mediana edad que adopta la forma de un libro de autoayuda” (p. 13). El presente ensayo huye, por tanto, de la excesiva especulación teórica y de los tecnicismos, y explota los recursos de los libros de autoayuda, aunque sin caer en recetas fáciles o promesas de éxito fugaz. Como veíamos, el deseo del autor consiste en brindar una “filosofía aplicada”, y de esta manera no solo evita la psicología barata, sino que reta igualmente a la propuesta hindú que está presente también en la cultura occidental.

Setiya acierta al internarse con destreza literaria e intelectual en una selva de interrogantes sobre cuánto puede dar de sí la vida, acerca de los mecanismos con los que el deseo desafía la plenitud, los consuelos para refugiarse de los errores inevitables, o cómo afrontar la incertidumbre del porvenir. “El tratamiento [de la cuestión] tiene forma de terapia cognitiva. [...] Mi método no es el de la ciencia social sistemática sino el de la atención a la experiencia vivida” (p. 38). Puede resultar interesante para el lector adentrarse de esta forma con Setiya en el pensamiento de Aristóteles, Kant o Descartes, de John Stuart Mill o Schopenhauer, o en las páginas de Virginia Wolf o Simone de Beauvoir. Los aborda no solo con valentía y hondura, sino también con ironía, hasta el punto de reconocer al final que no está seguro de haber llegado a conclusiones definitivas con “seis capítulos y once ideas y media”.

Por un lado, aflora un punto de vista pragmático: “No estoy de acuerdo con Aristóteles. Cuando las exigencias de la vida apremian, y son demasiado urgentes para ignorarlas, sería un error dedicar todo el día a la contemplación, a leer a Wordsworth o a jugar al golf. Puesto que eres mortal, debes pensar en cosas mortales” (p. 63). Explica sin embargo más adelante su propuesta, por otra parte, lo cual le aleja de un rudo pragmatismo: “La solución [vendría] con una mayor inversión en actividades atéticas, aquellas que no tienen punto final o agotamiento –actividades como dar un paseo, pasar tiempo con los amigos, apreciar el arte o la naturaleza, cuidar de los hijos o trabajar duro–. Puede que no haya cambios en lo que haces de un día para otro. Pero es suficiente ajustar tu actitud, lo que amas: no solo valorar los proyectos, sino el proceso de criar a los niños, mantener las amistades, hacer tu trabajo. Desde fuera las cosas pueden parecer iguales, pero son profundamente distintas. [...] Una cosa que aprendemos de la práctica de la meditación es cómo prestar atención al presente: apreciar el valor de lo atético entre la rutilante atracción de los objetivos alcanzables. Es el *mindfulness* en acción” (p. 172).

Algo tan lúcido y cierto que no se puede parafrasear. Compensa, por tanto, deleitarse leyéndolo en toda su extensión, quizá sorprendentemente breve para su

profundidad. Ciertamente, el hecho de que el tiempo sea irreversible abarca mucha más vida que la mediana edad. Ante un problema urgente, es necesario hacerle frente encarando la situación, pues se muestra en toda su virulencia: “Pero huye entretanto, huye irreparable el tiempo”, sentenció Virgilio. Por eso será este “un libro para cualquiera que tenga que lidiar con la irreversibilidad del tiempo”, advierte el editor. Y el autor desvela que escribe porque necesita compartir una urgencia existencial: cómo resolver los enigmas que plantea la crisis de la mediana edad en la que se encuentra inmerso. En ese sentido, su obra rima perfectamente con la categoría de “ensayo”. Los resultados vienen siendo, sin embargo, provisionales. “Todavía estoy trabajando en mi crisis de mediana edad –concluye–, aunque creo que veo la salida. Necesito escapar de la mentalidad tética [léase: pragmática], cultivar una orientación más atética. Tengo que aprender cómo estar en el momento” (p. 175).

Algunos ensayos con una aparente finalidad de autoayuda ilustran cómo puede orientarse a las personas en la vida, al menos para que –en los momentos de crisis, de cambio– dediquen algún tiempo a pensar para vivir mejor. Este libro de filosofía puede servir para animar a realizar la necesaria tarea de reflexionar sobre la propia vida y para que los educadores no se olviden de mover a pensar así.

Pablo Blanco
Universidad de Navarra